

# Actualidades C.I.H.A.C.

Boletín del Centro de Investigaciones Históricas de América Central  
Universidad de Costa Rica Año 2 Número 2 Setiembre 1995

## La develización del Monumento Nacional, el Gran Baile y los "pollos del 56"

Patricia Fumero Vargas  
CIHAC-Museo Histórico Cultural Juan Santamaría

Rafael Iglesias fue electo Presidente de la República en 1894, en el marco de unas elecciones fraudulentas, las cuales se verificaron bajo una fuerte presión del Poder Ejecutivo. El fraude cometido le restó apoyo y credibilidad a su Gobierno. En este contexto, el Presidente Iglesias, en procura de legitimarse a nivel interno y de afirmar la imagen internacional del país, efectuó un despliegue militar y de prosperidad ante las naciones vecinas y el pueblo costarricense en general. La develización del Monumento Nacional -símbolo de la lucha centroamericana contra el invasor extranjero- sirvió, el 15 de setiembre de 1895, como el motivo perfecto para unir esfuerzos y mostrar a los ciudadanos, y a los delegados de las repúblicas centroamericanas, el potencial militar del Gobierno y la riqueza de la Costa Rica cafetalera y liberal.

Al develizar el Monumento Nacional en 1895, Iglesias emuló a su suegro, José Joaquín Rodríguez, quien en su condición de Presidente de la República, inauguró la estatua de Juan Santamaría el 15 de setiembre de 1891. Este acto se realizó después de la tensa campaña electoral de 1889, que culminó con el levantamiento del 7 de noviembre de

ese año y fracturó significativamente el mundo político de fines del siglo XIX. La develización de la estatua de Juan Santamaría fue crucial en el proceso de recuperar la Campaña Nacional como eje de la nacionalidad costarricense, entendida como una nueva forma de identidad colectiva y secular.

La develización del Monumento Nacional fue la culminación de los festejos que iniciaron el 13 y finalizaron el 15 de setiembre de 1895. Las fiestas abarcaron distintas actividades, de paradas militares a juegos de pólvora y ascensión de globos. Para la élite, cuyos espacios de sociabilidad (edificios públicos, hoteles, clubes y otros) eran distintos de los que caracterizaban a los sectores populares (plazas, parques), uno de los eventos más importantes fue el "Gran Baile", que tendría lugar en el Palacio Nacional la noche del 15 de setiembre.

La música para tal ocasión fue encargada al maestro Alvice Castegnaro. La orquesta se formó con los mejores profesores del país, y contó con quince violines, tres contrabajos y los demás instrumentos necesarios para que pudiera ejecutar las partituras apro-



piadamente. En total, el maestro Castegnaro contrató treinta y cinco músicos, los cuales instrumentarían treinta piezas. Este grupo dispuso de poco más de un mes para ensayar el repertorio. Pero no faltaron las críticas, en especial por el gasto desmesurado en que incurriría el Gobierno para conmemorar la independencia patria y la develación del Monumento. En *La Prensa Libre* del 17 de agosto de 1895, se advertía:

"después de otras mil cosas que nos indicara el programa (de las fiestas), se verificará el baile en el Palacio Nacional cuyos preparativos harán de aquel local encantado de Terpsícore. A los que nos ha tocado parte en esa campaña aciaga, podemos repetir con aquel que aseguraba: que era dulce morir por la patria, muy dulce vivía en ella, y dulcísimo vivir de cuenta de ella..."

La noche del Gran Baile los invitados, llenaron dos salones. Al ingresar al Palacio Nacional el señor Presidente de la República y los delega-

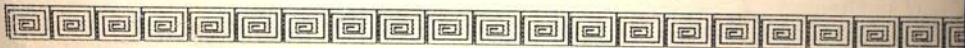
dos oficiales -alrededor de las diez de la noche-, se tocó el Himno Nacional y seguidamente, como estaba estipulado en el programa oficial, la orquesta del maestro Castegnaro abrió oficialmente el baile con la obertura de la ópera "Carmen". El cronista de *La República* describió de la siguiente manera ese momento:

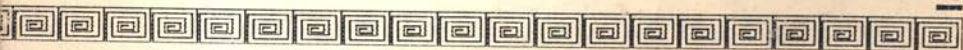
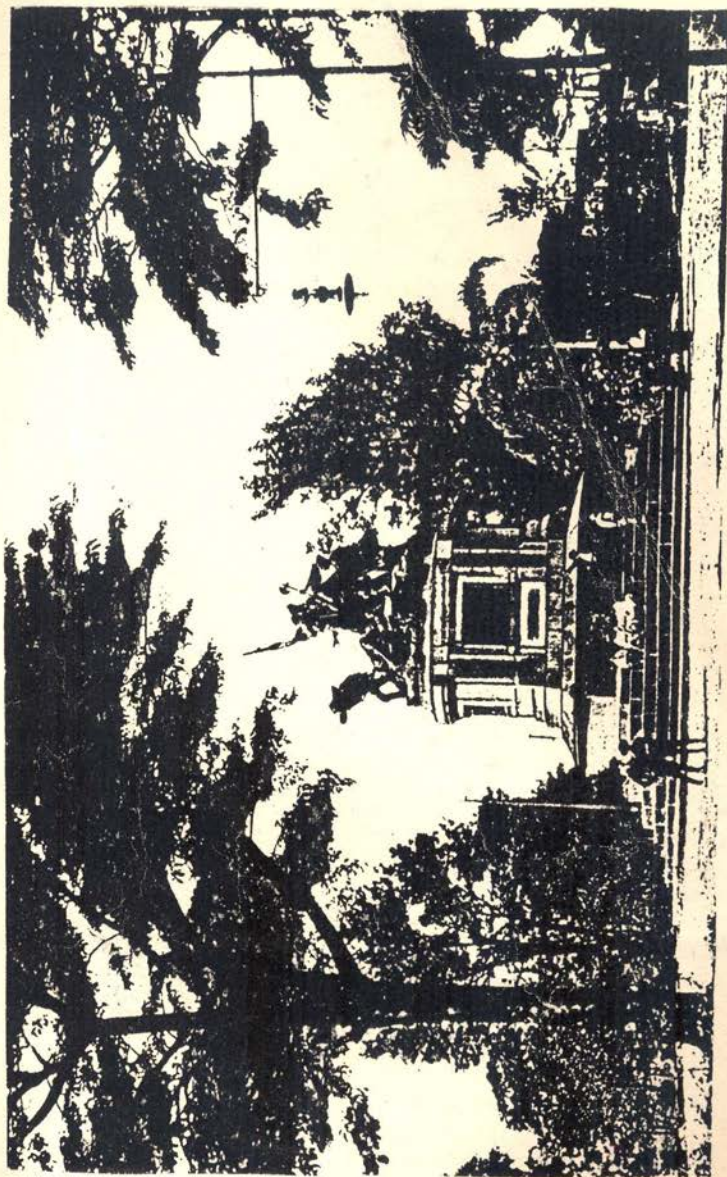
"...todos sentimos una sacudida eléctrica en la espina dorsal: aquella música tan bella, tan original, y que tiene la gracia y la vivacidad de las mujeres españolas. La gran ronda del paseo inicial comenzó el Presidente de la República, abría el círculo y seguía tras el los Ministros de Gobierno y los delegados: acompañabanlos distinguidas y airadas damas, entre ellas notamos a la señora esposa del Jefe de la Nación, tan modesta siempre, elegantemente vestida pero con sencillez, de rosa-do claro; después de ellos iba la muchedumbre de parejas, marchando pausadamente,

con elegancia majestuosa. Cesó la obertura y poco después la gran orquesta del maestro Castegnaro inició las cuadrillas con que el vaile debía romperse... qué espectáculo aquel para ojos amadores de la belleza y la elegancia..."

Este baile fue duramente criticado por el cronista del periódico *La Prensa Libre*, pues en su opinión algunos de los maestros de la orquesta que conformó el maestro Castegnaro no estuvieron a la altura del evento:

"...así como hay piezas escogidas para estos casos que levantan el espíritu, que son una ejecución viva y provocaba a danzar, así también hay orquestas apagadas que atraen el sueño y el fastidio en el baile. No somos hombres de notas, pero sí notamos que la orquesta no animaba y, aunque era numerosa, no daba el lleno que en otras ocasiones se ha deja-







do oír por todos los ámbitos del Palacio..."

La crítica no solo se refirió a la musicalización del evento, sino a la decoración y a la estrechez del local (se calculó conservadoramente una asistencia de 1000 personas) y al pésimo servicio de cantina y de comida -contratada al chef del Hotel Imperial-, al punto que se felicitó a los que no probaron bocado esa noche. En la prensa, se adujo que el éxito del baile se debió a la

"...animación y esplendor... [con que] fueron nuestras beilas, con esa elegancia que se visten y ese lujo que despliegan en estos casos. De los Dandies no decimos nada: lucieron su frac, abanicaron con su clac, y se portaron como hombres de culta sociedad..."

Para realizar el baile de gala, se invirtieron cuatro mil pesos en la decoración de los salones del Palacio Nacional, seis mil pesos en la reparación de la Sala de Sesiones y del gran patio además de treinta mil pesos en comida, suma que se consideró demasiado alta, dada la pésima calidad de la cena ofrecida por el propietario del Hotel Imperial, Gaetano de Benedictis. También se gastó doce mil pesos en champagne *Trappè* y una suma no estipulada en otro tipo de bebidas. El cronista del periódico *La República* afirmó que esa fue

"...una cena histórica; estos son los pollos del 56 ¿Cómo es posible que puedan ablandarse solo en veinticuatro horas de estar en el fuego...?"

En efecto, de Benedictis compro para la cena 900 pollos y agotó las existencias de aceitunas, de pate de foie

gras y de pescado, disponibles en el mercado nacional. A su vez, la Comisión Permanente, encargada de organizar los festejos, adquirió dos quintales de lentejuelas que regó sobre el pavimento en el que caminarían los invitados. Por otra parte y, según los datos suministrados por el periódico *El Heraldo*, los zapateros confeccionaron 3.000 pares de zapatos en un lapso de ocho días, los sastres prepararon 500 fracs y 600 levitas y las modistas tallaron y elaboraron 300 trajes de lujo, todo para ser lucido especialmente en el baile de gala. La especulación no estuvo ausente: el precio de los fracs importados subió de 15 a 60 pesos cada uno, el de los ternos pasó de 20 a 100 pesos cada juego y las cintas para adorno de vestido ascendieron a sesenta centavos la vara, cuando la pieza de cuarenta yardas costaba normalmente cinco pesos.

Aunque las fiestas nacionales del 13 al 15 de septiembre fueron parte de un proceso más amplio de conformación de la nacionalidad costarricense, en el corto plazo, detrás del Gran Baile y de las otras actividades, lo que había era el esfuerzo de un Gobierno autoritario e irrespetuoso de la voluntad popular por legitimarse y mejorar su imagen. Este objetivo fue difícilmente cumplido por la propaganda oficial, como lo demostró la violenta campaña política de 1897. A cien años de la develización del Monumento Nacional, es evidente la ineficacia de la fastuosidades vacías. La paz social y la democracia no se pueden construir con base en el engaño y en la exclusión de amplios sectores de los ciudadanos. ■

